



JAVIER NEGRETE

LA HIJA DEL
NILO

ⲛⲓⲗⲟⲩ ⲛⲉⲓⲣⲉⲧⲉ ⲛⲉⲓⲣⲉⲧⲉ ⲛⲉⲓⲣⲉⲧⲉ ⲛⲉⲓⲣⲉⲧⲉ ⲛⲉⲓⲣⲉⲧⲉ

En el año 48 a. C., una jovencísima Cleopatra, la última heredera de los faraones y de la sangre de Alejandro Magno, comparte el trono de Egipto con un hermano al que aborrece, Ptolomeo. Muy lejos de allí, en Grecia, se decide el futuro de la república romana, encarnado en el enconado enfrentamiento de sus dos generales más carismáticos: Pompeyo y Julio César. Alejandría se convierte en el escenario de este decisivo episodio en el que, finalmente, acabarán encontrándose los intereses y las pasiones de Cleopatra, una mujer dotada de una inteligencia excepcional y que gobierna con mano firme en un mundo de hombres, y de César, el estratega y político más brillante de su tiempo, decidido a convertir Roma en la ciudad más poderosa del mundo.

Para Jorge y Yolanda.
Espero que este segundo viaje
al Nilo os guste tanto como
el que hicisteis juntos.

I

Año 699 de la fundación de Roma, en el consulado de Marco Licinio Craso y Gneo Pompeyo el Grande^[1].

Roma es cada vez más poderosa, y sin embargo la República se desangra desde hace décadas en conflictos civiles. Tras el encarnizado enfrentamiento entre Mario, Sila y sus respectivos partidarios, se han vivido tiempos de relativa calma; pero la hostilidad se empieza a acumular de nuevo entre las clases sociales y, sobre todo, entre los miembros de la élite, educados en una ética de competencia despiadada.

Hace cuatrocientos cincuenta años que los romanos expulsaron a los reyes e instauraron un régimen de equilibrios de poder. Ahora, esos equilibrios que sirvieron para gobernar una ciudad se están demostrando inútiles para administrar un imperio que se extiende desde las Columnas de Hércules hasta Siria. El poder de los grandes generales, hombres capaces de alistar y mantener ejércitos más leales a ellos que a la República, no deja de acrecentarse. La pregunta es cuál de esos caudillos militares se convertirá en amo y señor de Roma. El más prestigioso entre ellos es Pompeyo el Grande, el hombre que barrió a los piratas de todo el Mediterráneo, conquistó Oriente y trajo a Roma un botín que desafía toda imaginación.

Pero una nueva estrella se empieza a alzar en el oeste. El procónsul Gayo Julio César lleva tres años de conquistas sin interrupción en la Galia. En el verano del año 699 de Roma tiende un puente sobre el Rin y lo cruza para advertir a los germanos de que en cualquier momento puede invadir su país. Al mismo tiempo, está emprendiendo preparativos para atravesar el canal de la Mancha y llevar los estandartes romanos por primera vez a la brumosa isla de Britania.

Gracias a las victorias y al botín obtenido, César se hace cada vez más poderoso y amenaza con eclipsar la gloria de Pompeyo el Grande. Por el momento, las relaciones entre ambos se mantienen cordiales, ya que Pompeyo está casado con Julia, la hija de César. Pero entre la nobleza romana hay muchos enemigos de César que, temiendo que se convierta en tirano, intentan malquistarlo con su actual aliado. Es solo cuestión de tiempo que la violencia estalle de nuevo, rompa todos los diques y salpique de sangre Roma y sus dominios.

Prácticamente todas las orillas del Mediterráneo son dominio de los romanos, que con razón lo denominan Mare Nostrum. Una de las pocas excepciones se encuentra en Egipto; reino que, sin embargo, mantiene un pacto de alianza y amistad con el pueblo romano.

En Egipto corre el año 3 del reinado de Berenice Epifania. La joven reina usurpó el trono a su padre Ptolomeo Auletes, aprovechando que este había abandonado el país para viajar a Chipre y reclamar a los romanos la devolución de la isla. Ahora la joven soberana gobierna Egipto como han hecho todos los Ptolomeos desde hace casi tres siglos, sin apenas moverse de Alejandría ni molestarse en aprender la antiquísima lengua de los faraones.

Por su parte, el derrocado Ptolomeo Auletes se ha instalado en Roma, gastando dinero a manos llenas y endeudándose allí donde no alcanzan sus fondos, todo ello para

sobornar a los políticos más influyentes y conseguir que le devuelvan el trono de Egipto.

Pero Berenice no es la única hija de Auletes. En la ciudad de Menfis se encuentran los cuatro hijos de su segunda esposa. Dos de ellos son varones de siete y cuatro años, y ambos se llaman Ptolomeo. También está allí Arsínoe, de trece años.

Y la mayor de los cuatro, una joven portadora del nombre más prestigioso entre los herederos de la vieja Macedonia, el mismo que llevó la hermana del legendario Alejandro Magno.

Cleopatra...

1

El viaje del agua

La noche en que cumplió quince años, la segunda de la inundación, Cleopatra se bañó en el Nilo junto a cientos de personas que ignoraban que aquella joven era una princesa de Alejandría.

Mientras la corriente acariciaba su piel desnuda y la luna llena tejía hilos de plata en el agua, Cleopatra cerró los ojos para imaginar que su espíritu se convertía en un ibis blanco y remontaba el río buscando sus lejanas raíces.

Aunque ella apenas podía intuirlo, el agua que bañaba su cuerpo había iniciado su fantástico viaje semanas antes, en las postrimerías de la primavera, miles de kilómetros^[2] al sur de Egipto.

Al acercarse el verano, como todos los años, la costa y el interior de Somalia y Etiopía habían comenzado a caldearse aún más bajo los rayos casi verticales del sol. En contacto con el suelo ardiente, el aire se calentó y ascendió a las alturas, dejando sitio libre para que lo ocupara un viento que provenía del océano Índico, más allá incluso del ecuador.

Ese viento, que arrastraba consigo la humedad del mar, pasó por encima del árido país de Punt. Avaro, no se dignó soltar una gota de lluvia sobre aquellos parajes ocre y agrietados. Pero cuando llegó a las Tierras Altas de Etiopía

y sopló sobre montañas y planicies que se elevaban a más de dos mil metros, la corriente de aire se enfrió, y al hacerlo ya no pudo seguir reteniendo en su seno todo el líquido que le había robado al Índico.

El agua empezó a condensarse en gotitas. Aunque minúsculas, eran tan numerosas que pronto formaron nubes altas y negras, monstruosos cumulonimbos cuyas cimas se elevaban varios kilómetros, alcanzando las alturas donde ni las águilas sueñan con volar. Las nubes se hincharon hasta convertirse en yunques colosales robados de la fragua de Hefesto. Por fin, sus costuras reventaron y soltaron el agua en espectaculares trombas, acompañadas de rayos que rasgaban el cielo y de truenos que hacían retemblar las Tierras Altas de este a oeste. Mil aguaceros confluyeron en el gran cuenco del lago Tana, cuya superficie hervía acribillada por la violencia de la lluvia.

Otro lago habría subido de nivel hasta desbordar sus orillas. Pero el Tana no, pues miles de años antes sus aguas habían excavado una salida en su parte sureste. Aquel drenaje, el nacimiento del Nilo Azul, fluía plácidamente el resto del año. Mas ahora la corriente se encabritó como una manada de caballos furiosos y se abrió paso bramando entre las angostas rocas.

En el gran ciclo de ciclos que es el tiempo, todo trata de retornar a su origen, y por eso los ríos siempre buscan el mar. Pero el Nilo, renacido cada año como el dios Osiris, no regresaría jamás al Índico, sino que emprendería un fantástico y tortuoso viaje.

El río, conocido como Azul pese a que sus aguas corrían pardas, se dirigió primero hacia el sureste. Tras precipitarse por unas rugientes cataratas de cincuenta metros de altura, levantando cortinas de espuma que los lugareños llamaban «el humo sin fuego», trazó un rodeo hacia el sur primero y después el oeste. Mientras viajaba, la corriente abría su propio sendero, una larga cicatriz excavada entre rocas y

montañas, un profundo cañón cuyas paredes se alzaban en muchos lugares más de mil metros sobre el agua.

Todas aquellas montañas y planicies habían nacido millones de años atrás, en un tiempo anterior a los humanos y a los mismos dioses, cuando las convulsiones de Gea crearon el mar Rojo y separaron Arabia de África. Debido a esos movimientos telúricos, las Tierras Altas de Etiopía estaban formadas de rocas volcánicas, muy nutritivas para las plantas y relativamente blandas. Las lluvias y los torrentes arañaban aquellos basaltos, los lijaban como una incansable escofina y arrastraban ingentes cantidades de limo oscuro que teñían de marrón las aguas del Nilo.

Cargada con todo aquel abono, la crecida describió una audaz curva hacia el norte. Después de abandonar las Tierras Altas, a mil quinientos kilómetros de las Fuentes del Sol donde había nacido, se encontró con el Nilo Blanco.

Este, a su vez, había realizado ya un larguísimo viaje desde los grandes lagos situados en las Montañas de la Luna, en el mismo corazón de África. Pero venía muy debilitado tras atravesar el laberinto pantanoso del Sudd, una trampa donde sus aguas se enfangaban y estancaban y donde los rayos del sol le arrebatában más de la mitad de su caudal. Para el Nilo Blanco, la llegada de su hermano Azul resultaba providencial: de no ser por su aporte, no habría sido capaz de atravesar las candentes arenas del Sahara y habría desfallecido de sed entre las dunas para terminar muriendo en alguna depresión de aguas estancadas.

Al unirse ambas corrientes, las aguas pardas del Azul se rizaban sobre las del Blanco, que se hundían bajo ellas en señal de sumisión. Juntos, y tras recibir el abrazo de otro gran afluente, el Astaboras, prosiguieron hacia el norte ya como un solo Nilo, atravesando el desierto de Nubia. Después de cruzar una zona de rápidos y escollos conocida como «catarata», el gran río bañó las orillas anaranjadas de Meroe. Las aguzadas pirámides de arenisca de su capital,

Kush, presenciaron su paso con la apática serenidad de la piedra.

Sin detenerse a descansar, el Nilo describió otro gigantesco meandro, una inesperada curva hacia el suroeste que lo internó en el desierto más de trescientos kilómetros antes de reanudar su viaje hacia el norte. Mientras tanto, seguía precipitándose por más rápidos sembrados de rompientes que reducían a astillas las escasas embarcaciones de los audaces que se aventuraban a intentar sortearlos.

Por fin, después de acelerarse por última vez en la sexta catarata, el gran río entró en el país de los faraones. Allí se separó en dos durante un par de kilómetros para rodear la isla de Elefantina. En esta se encontraba el primer nilómetro, unas escaleras talladas en piedra que descendían hacia el lecho del río. Hinchadas por la crecida, las aguas subieron y fueron cubriendo las marcas grabadas desde hacía miles de años en las paredes de la escalera. Había muchos más nilómetros a lo largo del río; pero el de Elefantina ofrecía un indicio de cómo sería la inundación, si escasa, generosa o destructora.

A partir de Elefantina, la corriente ya no perdió de vista su destino final, el Mediterráneo. Durante cientos de kilómetros atravesó el Alto Egipto, un país superpoblado y al mismo tiempo el más angosto del mundo, pues el valle apenas llegaba a los quince kilómetros de anchura. Se trataba de un paraje asombroso, creado por el propio río. Si este desapareciera, las arenas no tardarían en adueñarse del lugar, ya que allí podían pasar años enteros sin que cayera una sola gota de lluvia.

El paso del fértil valle del Nilo al desierto que lo rodeaba por ambos lados era abrupto, repentino. Sin transición. Uno podía plantar el pie derecho en Kemet, la nutricia Tierra Negra, y el izquierdo en Deshret, la estéril Tierra Roja, dominio de Seth, señor del Caos.

En el remoto pasado, la crecida arrancaba grandes trozos de ribera, borraba las lindes de los campos y modifica-

ba el propio cauce del río. Pero desde hacía miles de años los egipcios habían excavado una intrincada red de canales, acequias y diques que domesticaban la riada y pastoreaban las aguas hasta parcelas que se convertían en extensos lagos rectangulares. Sobre ellos, las ciudades y los poblados se alzaban como islas desperdigadas sobre un nuevo mar, y los caminos construidos sobre terraplenes se convertían en puentes.

Las aguas siguieron subiendo más allá de Tebas la de las Cien Puertas, discurriendo entre los dos desiertos, el de Libia y el de Arabia. Tras bañar decenas de ciudades y cientos de aldeas, poco antes de llegar al Bajo Egipto, donde el río se dividía en siete bocas y creaba la región del Delta, el Nilo se acercó por fin a Menfis.

Menfis, Mennefer, «la hermosa y duradera», antigua capital del reino. Allí se alzaba el templo del dios Ptah, Hikuptah, que los griegos habían transcrito de oídas como Aíguptos, «Egipto», para dar nombre al país entero.

Y en el templo de Ptah se encontraba Cleopatra la víspera de su cumpleaños, horas antes de que Sopdet, la estrella Esplendente, volviera a levantarse tras setenta días sumergida en el inframundo del Duat y marcara el inicio de la inundación y del Año Nuevo.

2

Templo de Otah, Menfis

—Para los niños, quizá. Pero para Cleopatra y Arsínoe no hay perdón.

Se hallaban en la tercera hora de la noche, Aquella Que Corta las Almas. Ra, el dios Sol, recorría el tenebroso inframundo pilotando su barca nocturna, Mesketet, y estaba a punto de resucitar a Osiris. Pero durante el largo día sus rayos habían caldeado tanto la tierra que los sillares de los muros y las losas del suelo del patio seguían irradiando calor como ladrillos de horno.

Y, sin embargo, Neferptah se estremeció. A sus años, a la anciana rara vez le parecía que la temperatura fuese sofocante. Además, las palabras de Teócrito, el mercenario enviado por la reina, cortaban con un filo tan helado como la espada que llevaba al cinto.

—¿Que no hay perdón? —preguntó Neferptah—. ¿Se puede saber qué pecado han cometido mis nietas para necesitar que alguien las perdone?

Había intentado expresarse con tono enérgico. Por desgracia, los años habían lijado su garganta igual que la arena del desierto vecino había limado poco a poco sus dientes. Ella misma se dio cuenta de que la voz que brotaba de su

boca sonaba áspera y aguda como el graznido de un cuervo.

—El pecado de nacer en el momento en que no debían —contestó Teócrito—. Es decir, después de la reina. Ahora, entrégame a los cuatro para que mañana puedan estar en Alejandría, mi señora Berenice.

—Dejé de responder por ese nombre hace mucho. Has de llamarme Neferptah.

—Como tú prefieras, señora —repuso Teócrito, despa-chando la objeción con un gesto displicente.

Cierto era que Neferptah había nacido como Berenice, y por sus venas corría la sangre de los Ptolomeos que gobernaban Egipto. Pero ese nombre, que compartía con la reina usurpadora, no significaba nada para ella desde hacía mucho tiempo. Ni siquiera se consideraba ya griega.

Por supuesto, seguía siendo perfectamente capaz de expresarse en koiné, la lengua común de los helenos, y ahora la estaba utilizando con aquel chacal hambriento de guerra. Pero cuando lo hacía, Neferptah se descubría a sí misma traduciendo mentalmente las frases que primero había pensado en egipcio. Incluso había dejado de soñar en griego; el día en que se dio cuenta de ello comprendió que su transformación se había consumado. Y aquello había ocurrido muchas décadas atrás.

Pero ahora los recuerdos de su pasado más remoto vol-vían por culpa de aquel mercenario.

Neferptah, otrora Berenice, era hija del rey Ptolomeo, octavo de tal nombre, que en vida se había hecho llamar a sí mismo Evergetes, «Benefactor». Sus súbditos, más mali-ciosos, se referían a él como Fiscón, «el Panzudo», y con tal apodo había pasado a las crónicas.

Durante mucho tiempo, Neferptah había guardado una imagen neblinosa de su padre. No obstante, conforme en-vejecía contemplaba cada vez con más nitidez las memorias más antiguas, del mismo modo que las recientes —lo que

había desayunado esa mañana, sin remontarse más lejos— se le escabullían como carpas en un estanque.

Incluso después de tanto tiempo, el recuerdo que evocaba de él la hacía ruborizarse.

Tradicionalmente, los egipcios más pudientes se enorgullecían de comer mucho mejor que los costilludos y fibrosos campesinos; por eso, las estatuas de escribas y funcionarios los representaban con vientres orondos y pechos carnosos, casi femeninos. Pero la obscena exhibición de la gordura del padre de Neferptah provocaba en los demás la vergüenza que él parecía incapaz de experimentar. Obeso como un hipopótamo, Fiscón alardeaba de ello vistiéndose con túnicas de lino transparente a través de las cuales se contaban perfectamente los surcos que separaban sus mantecosas lorzas y se veía cómo se sacudían sus rollos de carne cada vez que se reía, tosía o soltaba alguna ventosidad sonora como un trueno y maloliente como una ciénaga mefítica.

La vida de Fiscón, epítome de los defectos de los Ptolomeos, había sido sangrienta como una tragedia y grotesca como una comedia de enredos y raptos. Siguiendo el ejemplo de sus antecesores, se casó con su hermana Cleopatra; pero al mismo tiempo lo hizo con la hija de esta, que también se llamaba Cleopatra y que era su propia sobrina. «Así no se confunde de nombre en la cama», comentaban los maliciosos, que añadían cábalas sobre si el miembro real conseguiría asomar entre las adiposidades de su vientre al menos lo suficiente para insertar su semilla en alguna de sus esposas.

La primera Cleopatra, que era una mujer de armas tomar —como tantas de aquella temperamental dinastía—, incitó al pueblo de Alejandría contra el rey y contra su joven esposa. Los alejandrinos, aficionados desde hacía varias generaciones a las algaradas violentas, se dejaron vencer por ella, asaltaron el sector real de la ciudad, saquearon lo que pudieron e incendiaron varias dependen-

cias. Mientras tanto, Fiscón huyó hasta el puerto privado de los Ptolomeos, transportado en una litera por diez nubios que no dejaban de jadear bajo aquella carga pese a que exhibían unos músculos dignos de Heracles. Neferptah, que tendría tres o cuatro años, lo recordaba perfectamente, pues ella, hija de una concubina real, había participado en la fuga en brazos de su madre.

Los exiliados se habían refugiado en Chipre. Allí gobernaba un hijo adolescente de Fiscón y su hermana Cleopatra, llamado Ptolomeo como todos los varones de la familia y conocido, para distinguirlo de otros, como Menfita. Fiscón no se anduvo con reparos y ordenó matar a su propio vástago, despedazarlo y enviar sus trozos a Alejandría en un cofre de cedro etiquetado con un papiro que rezaba: «Para mi amada esposa y hermana». Ni siquiera tuvo la decencia de embalsamar los despojos.

No era el primer hijo de Cleopatra al que eliminaba: ella había estado casada antes con otro de sus hermanos, Ptolomeo Filométor, del cual había engendrado a Ptolomeo Neo Filopátor. Cuando Cleopatra enviudó de un hermano y se casó con el otro, con Fiscón, este no había esperado demasiado tiempo para librarse del potencial rival. De hecho, hizo que asesinaran a Neo Filopátor en el mismo festín de bodas. ¿Qué mejor ocasión? Al menos, en este caso podría alegarse a favor de Fiscón que solo había matado a un sobrino, no a un hijo.

Según un mito griego que Neferptah había escuchado de niña, en el origen de los tiempos el titán Cronos castró a su padre Urano con una hoz y luego arrojó los genitales al mar. Durante aquella larga parábola, un reguero de sangre del miembro mutilado cayó sobre la tierra, y de dicha sangre nacieron las Erinias. Desde entonces, las tres criaturas de cabellos serpentinos se aparecían a todos aquellos que cometían crímenes contra sus padres, hijos o hermanos y los hacían enloquecer con la mirada de sus ojos rojos y candentes como brasas.